

Influencia de J. Maritain en el Concilio Vaticano II.-

Sergio Fernández Aguayo¹

El objetivo de estas palabras es referirse a la influencia que tuvo el filósofo francés J. Maritain en el Concilio Vaticano II, cuyo 50° aniversario celebramos.

Hay que tener presente que durante algún tiempo su pensamiento “fue considerado sospechoso para los teólogos, porque era filósofo, y para los filósofos, porque su filosofía tenía en cuenta las cosas de la fe”.² Pero el pensamiento de este laico recién convertido a la fe católica fue reconocido ampliamente, y continúa inspirando la reflexión sobre los grandes desafíos que la humanidad enfrenta hoy, a saber la verdad sobre el hombre, la comprensión del pluralismo social y político, el relativismo moral, etc.

La problemática de nuestro tiempo.-

Desde hace al menos dos siglos, se vive en el mundo un declive del sentimiento y de las creencias religiosas. Se ha generado un proceso de secularización que ha derivado en secularismo, y que puja por constituirse en la narración predominante.

Jacques Maritain, el principal filósofo católico del s. xx, debió enfrentarse con esa realidad. Sus ideas, desarrolladas en las diversas etapas de su vida, contribuyeron de manera muy significativa a la evolución del pensamiento social cristiano.

En una primera etapa, Maritain, recién convertido, estudió el pensamiento de Tomás de Aquino, que constituía la base principal de la enseñanza católica, y adhirió a él en su forma ortodoxa y clásica. Sin embargo, luego supo evolucionar a un tomismo más abierto y creativo, de orientación personalista, que caracterizó su posición madura.

Estas etapas están bien representadas en dos de sus obras fundamentales, *Tres Reformadores* (1925) y *Humanismo Integral* (1936) En la primera, su tesis fundamental es que el pensamiento moderno se había apropiado de las verdades cristianas, despojándolas de su contenido fundamental, y luego las

¹ Abogado, ex diputado y embajador, Presidente del Instituto J.Maritain – Chile.-

² “Ciencia y Sabiduría”, en OO.CC. de J.Maritain, vol VI, pag. 102.-

había puesto en circulación en el contexto social y cultural, sin hacer referencia a su origen cristiano. Los tres reformadores son Lutero, reformador de la religión, Descartes, reformador de la filosofía, y Rousseau, reformador de la sociedad. Sobre éste último, Maritain afirma que “percibió grandes verdades cristianas olvidadas en su siglo, y su mérito fue recordarlas, pero las desnaturalizó.... cuando Rousseau afirma la dignidad esencial de la conciencia y del sujeto humano, enarbola verdades cristianas ante sus contemporáneos, pero vacías de substancia”.³

Tres Reformadores es un libro que deja la sensación de una excesiva crítica a la modernidad. Pero Maritain advierte que su mira no está puesta en el pasado. Considera la presencia de aspectos de la modernidad integrables a una perspectiva cristiana. Esta es su tesis madura y definitiva que expone en “Humanismo Integral”, que causó gran revuelo en su época.

La tragedia del humanismo.-

En ese libro Maritain intenta determinar, desde el punto de vista de una filosofía de la historia moderna, la posición concreta del ser humano ante Dios y ante su destino, como características de una época. Analiza la Cristiandad Medieval y a pesar de su valorización positiva, señala que habría sido una sociedad excesivamente teocrática.

Luego, analiza la época moderna con su olvido progresivo de Dios, su centrar al hombre en torno a sí mismo, lo que a medida de su radicalización se convierte en un rechazo de Dios. El resultado es el ateísmo contemporáneo y la irrelevancia de Dios en el contexto público.

Para Maritain el Renacimiento habría tenido parte de razón, al oponerse al modelo medieval en que la relación hombre-Dios estaba desequilibrada. Había que abrir paso al humanismo moderno. La filosofía no debía estudiarse en razón de la teología, la ética en función del confesionario, ni el derecho en función de los códigos canónicos. Los artistas no tenían por qué estar limitados al arte religioso. Los reyes no podían seguir siendo el brazo secular de la jerarquía eclesiástica, ni la Iglesia debía tener poder para poner y quitar monarcas.

³ “Tres Reformadores”, Epesa, 1948, pag .181.-

Esos cambios estaban bien, solo que el hombre moderno no solo se afirmaba a sí mismo, sino que se afirmaba a sí mismo contra Dios. Es lo que Maritain llamaba *la tragedia del humanismo*. El ser humano perdía su humanidad (Freud), perdía su discontinuidad metafísica con el resto de las criaturas (Darwin), Dios se convertía más que nada en una idea (Descartes), en un límite para el progreso del mundo (Hegel), hasta que Nietzsche quiso anunciar su muerte.

¿ Qué hacer ?

Los cristianos se preguntaban entonces ¿cómo había sido posible? ¿ cómo se había podido pasar de una sociedad medieval sustancialmente cristiana a otra tan irreligiosa como la europea del s. XX?

Es que la Iglesia desde el s.XVI y sobre todo a fines del s. XVIII, se había visto impulsada a tomar una actitud defensiva primero frente al protestantismo, después contra algunas consecuencias de la revolución francesa y del racionalismo de la época de la Ilustración, un humanismo prácticamente ateo y adorador del progreso, aunque guardaba las formas de un teísmo a lo Voltaire. El verdadero Dios era el hombre, su razón, su capacidad de crear un paraíso en la tierra, gracias al avance de las ciencias. El marxismo sería heredero directo de esa antropología.

Los Pontífices del s. XIX condenaron ese tipo de humanismo y veían con reticencia una democracia que parecía hacer de la voluntad humana la norma absoluta de lo justo y de lo injusto; una libertad de pensamiento, culto y expresión que se basaba en un agnosticismo que rechazaba toda verdad absoluta. En realidad la Iglesia fue asumiendo una posición bastante negativa frente a las aspiraciones del hombre moderno.

Esa actitud comienza a modificarse con León XIII, que procura reconciliar a la Iglesia con la cultura moderna. Abriéndose a la evolución social y política, reconoce que las libertades modernas contenían su parte positiva. Con la *Rerum Novarum* ese Pontífice asume todo lo que hay de bueno en las aspiraciones de los trabajadores a la justicia social.

Pero posteriormente Pío IX había condenado toda modernidad en su *Syllabus errorum modernorum*. Es que se vivía una cierta nostalgia de la Edad Media, y a la Iglesia no se la percibía cercana a la democracia. Muchos creían que había

que volver al pasado, al mundo medieval en que cristianismo, cultura y sociedad habían sido un todo indisoluble.

Maritain se opuso a esa posición, no por pragmatismo, sino por una convicción largamente meditada. La Edad Media había sido profundamente cristiana, pero no era *la* cultura cristiana. Porque el cristianismo trasciende cualquier cultura, puede encarnarse en diversas culturas, pero no se identifica con ninguna. El filósofo lo afirmó así en un discurso sobre “Las civilizaciones humanas y el rol de los cristianos” dirigido en Roma al Movimiento Internacional Pax Romana, en 1947.

La cristiandad medieval había sido una concreción específica del cristianismo correspondiente a un período histórico determinado, pero no era necesario volver a la Edad Media, cabían otras posibilidades, en el transcurso de la historia se darían otras cristiandades diversas, según las épocas y culturas. No solo no era necesario volver a la E. Media, sino que era *imposible*. La historia no vuelve atrás. La historia no tiene lugar en vano y no puede repetirse.

El gran aporte de Maritain consistió en proponer una solución nueva. Puesto que la ideología de la sociedad moderna tenía vestigios de verdades cristianas, cabía plantearse su transformación. Retomar de la E. Media su fervor y fundirlo con las aportaciones de la modernidad: la secularidad y la reivindicación de lo humano. Su llamado a una “nueva cristiandad” era para vivir el cristianismo en la sociedad del s.XX, un *humanismo integral* que hiciera justicia a las reivindicaciones del Renacimiento sin olvidar la trascendencia.

Humanismo sí, pero humanismo teocéntrico, enraizado allá donde el hombre tiene sus raíces, humanismo integral, humanismo de la Encarnación. La propuesta maritainiana era tan original como revolucionaria. Naturalmente fue rechazada por muchos, el pensamiento conservador era muy fuerte en su época. Se le acusaba de estar propiciando un verdadero secularismo.⁴

Pero para un grupo importante de intelectuales cristianos, religiosos y laicos, significó una profunda liberación y la posibilidad de disponer de un proyecto de futuro. Se rompía con las cadenas que ligaban el pensamiento católico a una realidad pretérita; el mundo medieval dejaba de ser modelo de referencia. Se descubrían aspectos positivos en el pensamiento moderno. Se procuraba

⁴ L.E. Palacios, “El mito de la nueva cristiandad”, Rialp, Madrid, 1951.-

reconciliar a la Iglesia con el mundo tal cual era. Dicho de otro modo, saber leer los signos de los tiempos.

La propuesta maritainiana.-

Maritain no asumía algunos aportes de la modernidad de una manera táctica, como por fuerza mayor, sino porque eran positivos y válidos. La primera característica de una “nueva cristiandad” tendría que ser la aceptación del pluralismo, no como un mal menor, sino como el resultado necesario y bueno de una sociedad en que los sujetos son libres y pueden ejercer su libertad. La libertad, incluso en materia religiosa, se entiende como un bien que hay que valorar y proteger.

Otro aspecto del pensamiento del filósofo era la autonomía relativa de las realidades temporales. Frente a una E. Media que tendía a subsumir todo en la religión y la teología, la nueva cristiandad debía optar por el respeto de lo secular y sus leyes. También puso mucho énfasis en la centralidad de la persona humana respecto a las realidades temporales y políticas. El mito de la fuerza al servicio de Dios se substituye por la conquista o realización de la libertad. En la sociedad moderna, el protagonismo pasa a ser de la persona, y en la sociedad política, del ciudadano, que construye cada día la ciudad que desea.

La imposición del catolicismo por la vía estatal ha llegado a su fin, o en otras palabras, el Estado confesional ha dejado de tener sentido. Los cristianos somos llamados a vivificar desde abajo la sociedad en que vivimos, pero no a imponer nuestros puntos de vista desde los aparatos del poder.

La convergencia hacia el Concilio.-

Lo que Maritain fundamentalmente planteaba no era otra cosa que un avance de los grandes temas que la teología católica venía también meditando en décadas anteriores. Karl Rahner, Chenu, Cognar, de Lubac, Jean Daniélou, algunos de ellos sancionados por el Vaticano en los años 50, pero pronto rehabilitados, aportaron mucho al Concilio desde la teología; el desarrollo de las ciencias históricas tuvo también un efecto estimulante. Todo un caudal de reflexión y vida convergía a reinterpretar la experiencia cristiana en la historia, para que la Iglesia condujera al Pueblo de Dios hacia el nuevo siglo.

El Papa Juan XXIII en 1961 dio en la encíclica *Mater et Magistra* un nuevo paso adelante en la elaboración de la doctrina católica sobre la entonces llamada “cuestión social”; y en 1963, ya iniciado el Concilio, el mismo Pontífice en su Encíclica *Pacem in Terris* se refirió con voz clarividente a los problemas de la paz mundial, la justicia y la libertad. Con dicha Encíclica la Iglesia inicia un movimiento de encuentro positivo con las aspiraciones del mundo contemporáneo, que culminará en el Concilio. Este fue efectivamente un acontecimiento que marcó un cambio en la historia de la Iglesia, no un cambio de los principios de la antropología católica, fundada sobre la Revelación, sino una toma de posición franca respecto a los cambios apenas esbozados por Pío XI y Pío XII.

Este último en su Mensaje de Navidad de 1944 ya había reconocido en esa democracia engendrada aparentemente por una filosofía anticristiana del s. XVIII, una forma de gobierno no solamente aceptable, sino recomendable. En una alocución a los juristas italianos en 1953, Pío XII había admitido que la sociedad internacional podía, mediante acuerdos jurídicos, comprometerse a respetar los diversos cultos existentes en sus respectivos territorios.

Pero no bastaba eso. Había que universalizar y proclamar al mundo una nueva manera de relacionarse de la Iglesia con el mundo. El paso definitivo lo dio Juan XXIII, convocando al Concilio. Durante el magno evento la Iglesia, consciente de su misión y situación en el mundo, realizó muy seriamente una reflexión sobre sí misma, no escatimó un ejercicio de autocrítica. Las consecuencias a las que llegó estaban, en cierta medida, en áreas en que Maritain se había adelantado. Algunas de ellas, la consideración de la democracia como un sistema de convivencia política inspirado en la eminente dignidad de la persona, el reconocimiento que la verdad no puede imponerse sino mostrarse en su esplendor, para que el ser humano la asuma libremente, el respeto de los derechos y la consideración de los deberes del hombre, y la proclamación de la libertad religiosa. El Concilio diseñó también una teología del laicado y precisó que el llamado a la santidad es una vocación universal, también de los laicos.

Acompañando a la Iglesia, honrado por ella.-

Pero la influencia de Maritain en el Concilio no fue solamente mediante la amplia obra intelectual de toda su vida. Se dio también durante el Concilio mismo, cuando el filósofo ya vivía retirado, con los Pequeños Hermanos de Jesús. En Diciembre de 1964 Paulo VI envió a Toulouse a su secretario Mons.

P.Maccchi, para consultar sus criterios frente a puntos de la discusión conciliar que aún no habían sido concordados por la Asamblea.

Maritain ofreció enviar al Santo Padre algunas reflexiones, lo que se concretó luego en cuatro Memorandos, el primero sobre la verdad,⁵ el segundo sobre la libertad religiosa; el tercero sobre el apostolado de los laicos, y el cuarto sobre la oración común y la oración privada, la lengua vulgar y los textos sagrados. En su carta al secretario pontificio decía “he expresado mi pensamiento en una forma muy libre, como es la mía; estoy seguro que el Santo Padre se mostrará indulgente respecto al estilo de un viejo solitario”.

Durante el transcurso del Concilio los Memorandos fueron naturalmente para el solo conocimiento del Santo Padre, pero luego se dieron a conocer en círculos más amplios y han sido publicados en las Obras Completas del filósofo, tomo XVI, ps.1085-1130. Ciertamente Maritain logró convencer a Pablo VI que en una sociedad multicultural el pluralismo religioso y el Estado no confesional debían ser la regla. En la misma Aula Conciliar el Cardenal Journet y el P. John Courtney Murray S.J. defendieron esa tesis, que finalmente prevaleció.

En Diciembre de 1965, terminado el Concilio, Paulo VI entregó públicamente a Maritain, en la Plaza de San Pedro, el “Mensaje del Concilio a los hombres del pensamiento y de la ciencia”, texto en el que varias veces se hace referencia a la verdad, como objeto y finalidad de la búsqueda intelectual y científica.

Desde su refugio en Toulouse, Maritain siguió las vicisitudes del Post Concilio y, frente a interpretaciones que confundían los espíritus, escribió uno de sus últimos libros “El Campesino de la Garonne”, que suscitó nuevas polémicas, por la franqueza de su toma de posición.

En carta de esa época el filósofo se levanta frente a aquellos que afirmaron que había renunciado a sus posiciones en “Humanismo Integral”, señalando “sostengo más que nunca mis posiciones de ese libro; “El campesino de la Garonne” no se ocupa de esos temas, sino de la crisis de la inteligencia y de la fe”.⁶

⁵ Maritain tenía la esperanza que Pablo VI emitiera una Encíclica sobre ese tema; tiempo después fue Juan Pablo II quien lo hizo, en su Encíclica “Veritatis Splendor”.-

⁶ OO.CC de J.Maritain, Vol. XII, p. 1263, carta a Pierre Barrau.-

Maritain murió el 28 de Abril de 1973, a los 91 años: Al día siguiente Paulo VI, citando una carta inédita que Maritain le dirigió en 1965, lo recordó como *“un gran pensador de nuestros días, maestro en el arte de pensar, de vivir y de orar. Su voz, su figura, quedará en la tradición del pensar filosófico y de la meditación católica”*.⁷ En Chile, ese mismo día, el Cardenal Silva Henríquez escribía una hermosa oración, recién encontrada en su archivo personal,⁸ en la que alude al filósofo como *“combatiente en la tierra del relativismo que nos cerca, y nos lanza a la contemplación de la Verdad Absoluta, verdad intransable, exigente y permanente, y nos exige que nuestro amor a los hombres se traduzca en acción eficaz y concreta, preñada de testimonio y consecuencia...”*

Podemos terminar estas palabras preguntándonos si están aún plenamente vigentes las orientaciones del Concilio, así como el pensamiento del filósofo que hemos comentado. Sin duda que el Concilio tuvo amplia repercusión en la Iglesia, facilitó el ecumenismo, permitió el diálogo interreligioso, y llegó a muchos hombres de buena voluntad, que buscan un mensaje de salvación entendible a la mentalidad contemporánea. Pero sigue siendo necesario profundizarlo, porque aún no ha sido suficientemente asumido por quienes somos sus principales destinatarios, ese Pueblo de Dios que procuramos ser.

Naturalmente Maritain fue un hombre del s. XX y su pensamiento no toca los problemas específicos de la post modernidad, pero nos proporciona una base sólida para abordar los retos del nuevo siglo.

SFA, Sept. 2012.-

⁷ “Enseñanzas de Paulo VI”, Vol. XI pag. 381- 382 citada en “J.Maritain, philosophe dans la cite” Parole et Silence, 2007.-

⁸ Investigación del Dr. Dietrich Lorenz Daiber.-